

IRAZUSTA Y SU INTERPRETACION DE LA HISTORIA DE AMERICA *

Dado que Julio Irazusta fue el primero en referir cómo su llegada a la Historia se había producido por la necesidad de explicar su fracaso político de 1930 y la situación real de su presente, creo innecesario insistir en algunas características salientes de su pensamiento escrito en torno al tema que yo he elegido.

Porque resulta claro que él fue —fundamentalmente— un hombre de estudio y de reflexión, no un profesional de la historia; es decir, no fue ni hizo carrera de Profesor, no tiene la formación (y, también, la deformación) de un Catedrático (aunque, en un momento de su vida, por poco tiempo, cumpliera esas funciones en alguna Universidad nacional). No; lo esencial que hay que tener en cuenta es que él, como estudioso, se aplicó con método preciso a tratar de razonar acerca de una serie de problemas claves —especialmente de nuestra evolución política— pensando la historia filosóficamente, es decir, tratando de hallar —como dijo en su trabajo *Colón y su tiempo*,— “el nexo de la evolución humana en el punto donde la voluntad de los hombres incide sobre los hechos dados como una determinación histórica”.

* La Universidad Nacional de Cuyo realizó, el 5 de julio de 1982, un Acto Académico en honor del historiador Julio Irazusta. Intervinieron en él el Señor Rector, Profesor Enrique Zuleta Alvarez, y los Catedráticos Prof. Dr. Edberto Oscar Acevedo, Prof. Jorge Comadrán Ruiz, Prof. Mario Guillermo Saraví y Dr. Enrique Díaz Araujo, quienes se refirieron a diversos aspectos de la obra escrita, el pensamiento político y la personalidad del eminente autor fallecido dos meses antes.

Este es el texto de nuestra disertación.

Lógicamente, entonces, hubo momentos, figuras, temas y problemas de la historia que lo atraeron con particularidad marcada.

Pero, como todo no podía investigarlo en sus fuentes documentales, éstas las utilizó para un período especial: el de Rosas y su tiempo.

En cambio, tuvo que acudir a la reconstrucción de panoramas introductorios en otros apartados. Y uno de ellos fue el de la Historia Americana.

Ahora bien; ya en este marco, yo diría que a Irazusta le preocuparon tres grandes momentos: el del nacimiento de América, el de la crisis internacional del siglo XVIII y el de la Revolución de Independencia.

No discrepo en que son de los más importantes, pero, a la vez, afirmo que él jamás pretendió abarcar todo el estudio del pasado de nuestro Continente. Esto no quiere decir que no supiera muchas cosas y, mucho menos, que no le interesaran temas alejados de sus preocupaciones. Porque tengo para mí que una de las notas de su carrera intelectual estuvo dada por esa fresca y constante inquietud por conocer que siempre tuvo y por esa atenta dedicación con que atendía, leía y trataba asuntos de la historia política universal que, inicialmente, parecerían muy alejados de sus gustos o de sus afanes.

Pasemos, entonces, a la consideración de esos tres grandes apartados.

Respecto del momento del surgimiento de nuestro mundo a la vida internacional, don Julio expondrá su pensamiento en varios trabajos.

Si quisiéramos condensarlo, deberíamos apuntar:

1^o) que señaló la importancia que, para nosotros, tuvo la aparición de los españoles en este Continente, muy superior a la que, con su vida y sus instituciones, habían desarrollado hasta entonces los pueblos aborígenes.

2^o) Esta afirmación —que él razonó y demostró— lo llevó como de la mano a otra, a saber: que el Descubrimiento de América por Europa constituía el primer episodio de *nuestra* historia.

3^o) Porque, por aquel hecho trascendente, se producía la integración física del mundo —gracias a la obra de España y Portugal— de mane-

ra que los aportes materiales y espirituales de la cultura occidental llegaron a contribuir, plasmándose en estas tierras, a la realización del ser nacional que un día iba a llamarse argentino.

Ahora bien; todo esto que, tras muchos años de docencia humanística con sentido tradicional y métodos renovados en un Departamento de Historia como el nuestro hoy, a varios de los presentes no les llamará la atención, —pero que no era común se viese expresado así en la época en que escribía Irazusta— todo esto debe ser entendido viendo el fino sentido que él aplicó a esa percepción histórica. Pues decía que para *comprender* la HISTORIA, inicialmente, había que saber armonizar la acción individual con la de los grandes movimientos de Estados o masas.

Esto lo ejemplificaba con el mismo Descubrimiento en donde veía que por intermedio de un hombre y una nación nosotros, los argentinos, nos sentimos integrados en la cultura greco—latino—cristiana, por lo que la historia de Colón es tan nuestra —escribió— como la de España. Y por ello pertenecemos al mundo occidental que tiene la obligación de transmitir las mejores tradiciones espirituales de la humanidad civilizada.

Irazusta entendía y planteaba y situaba al hecho del Descubrimiento como debido al conjunto de factores políticos, morales, artísticos y filosóficos que transformaron a la sociedad medieval en moderna. Y su explicación abarca páginas (cuya lectura nos atrevemos a recomendar) sobre la difusión de los clásicos, la observación de la naturaleza, los progresos en la política, las ansias de gloria y fama, el refinamiento en la sociedad.

El Descubrimiento, así, será para él la síntesis del esfuerzo colectivo europeo, una etapa de la evolución científica del mundo que va a encontrar por protagonista nacional a España, entonces el habitat más rico, poblado y trabajador de Europa. Y que expresará, por medio de su poder político, con un elenco de hombres competentes, la mayor posibilidad para alcanzar el éxito en la empresa del Nuevo Mundo.

Esta primera parte va a ser cerrada por Irazusta con una reconstrucción producto de sus lecturas de Pereyra, Madariaga, Merriman, Furlong, al decir: “La acción colonizadora española fue popular, espontánea, tendiente a la incorporación de las poblaciones indígenas y a la identificación de las nuevas sociedades con la sociedad metropolitana”.

El, que afirmó ser esta una gran empresa política que dio su sello al estilo de vida de un continente, reconocía haber llegado, tras muchos años de estudio y reflexión, a conclusiones favorables a nues-

tro pasado hispánico. Pero, como razonador que era encontraba, junto a aciertos extraordinarios en los cien primeros años de la colonización de América, errores que gravitaron en perjuicio de la metrópoli. Entre estos: la ambiciosa expansión en Europa, la falta de superioridad naval y el aislamiento en que quedaron ciertas regiones del Imperio.

El segundo de los momentos por él trabajados —dando un gran salto pues no entra en el análisis de la organización interna de aquél— se refiere a la situación internacional en el siglo XVIII.

Pero comienza con una comparación feliz, al decir: “El imperalismo español fue superior al inglés, ilustró, civilizó y evangelizó a nuestro continente mucho antes de que la colonización rival empezara; realizó una empresa científica imperecedera junto a la de explotación económica, mientras que los ingleses se limitaban a la exclusiva tarea codiciosa que atribuyeron a los españoles para combatirlos y para combatirnos” (*De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina*).

Y en páginas brillantes, planteará el surgimiento de Inglaterra, su desarrollo económico—comercial su expansión en los mares, las ventajas políticas que fue adquiriendo a costa de franceses y españoles.

Pero, en seguida, se detiene en el gran intento reconstructor de Carlos III que, como se asentaba sobre la fuerza todavía no demolida del Imperio español pudo mostrar que a los diez años, estaba listo para desafiar el poderío británico. Y la prueba estuvo —nosotros lo sabemos bien— en el desalojo de las Malvinas, precursor del abandono que aquellos hicieron.

Para Irazusta esta época es muy especial. Cree que, en América, el pueblo esclarecido se mostraba más hábil que sus dirigentes, por ejemplo ante el Tratado de Permuta de 1750. Afirma que hubo algunos pocos hombres destacados, como Cevallos, que encontró la mayor colaboración popular en empresas políticas de altura, como la reconquista de la Colonia del Sacramento. Y escribe: “La reforma política y económica que significó la fundación del Virreinato, transformó la más pobre de las colonias españolas en una de las más ricas. La organización administrativa, completada a fines del siglo XVIII con la Audiencia, el intendente de ejército y el Consulado, configuraba un Estado con cuatro ministerios”. (*Breve historia de la Argentina*).

Así, "pudo ocurrir que en tres lustros, el Río de la Plata llegara a equipararse con los antiguos y opulentos virreinos de México y Perú, incluso en las sumas aportadas al tesoro español".

Por último, en la tercera parte, sobre la Revolución, Irazusta va a efectuar un aporte a la historiografía que se puede condensar en tres direcciones: la primera, de aquello que él recoge, en su modo particular, de los estudios que le han precedido. Segunda, lo que él ha dado como cosa propia, original, como *contribución* a la investigación y a la historia de esos hechos; y tercera, el enfoque con que los asimila al resto de la historia argentina, preferentemente.

Vayamos por partes. Nuestro autor no puede ser catalogado, diríamos hoy con lenguaje "científico", como un especialista en temas de la Revolución y la Independencia. Y no lo es porque no lo ha querido ser. Ya que no lo ha necesitado, debido a que su óptica —que es como decir su posición personal ante la historia— es otra. Pero eso no le ha impedido, en su momento, tomar de la historiografía clásica— y, como es claro, mucho más de la revisionista —ciertos tópicos al plantearse el estudio de los años fundacionales de la independencia americana. Así, por ejemplo y, por supuesto, superando resabios y tendencias antiguas, él reconocerá aspectos como:

- que no había tiranía ni opresión en el gobierno español para estas tierras; antes al contrario, que España había dado su religión, su cultura, sus instituciones y sus costumbres a este Nuevo Mundo en una labor incomparable con otros imperios de la época;
- que no se produjo la sistemática exclusión de los criollos de los cargos públicos;
- que el anhelo de emanciparse trabajaba desde hacía tiempo a los colonos de Hispanoamérica;
- que hubo una cierta influencia de las ideas liberales que fueron corroyendo las bases espirituales del Imperio;
- que España cometió errores garrafales en su política internacional como muestra de la decadencia en que entró desde el siglo XVII;
- que Inglaterra se lanzó a la destrucción y a la conquista del Imperio español, en pleno siglo XVIII, apoyada en su pujanza económica y en el poderío de su flota y decidida a que el mercado hispanoamericano se transformase en apéndice comercial de esta nueva metrópoli del mundo;
- que el reformismo borbónico, con haber atendido algunos aspectos

importantes, en otros —caso de la expulsión de los jesuítas— implicó un rompimiento grave (por no decir suicida) con la tradición cultural de la comunidad hispanoamericana;

- con todo, que la organización dada a los territorios del Cono Sur con el establecimiento del Virreinato del Plata vino a significar y a coronar la sistematización de esfuerzos, sacrificios, intereses y aspiraciones de una sociedad organizada y en marcha hacia grandes destinos, integrada por dirigentes y pueblo de extraordinario valor y patriotismo.

Estos puntos —que no pretenden ser una colección exhaustiva— le sirven a Irazusta para alcanzar ciertas deducciones importantes al irse enfrentando con los años 1808 a 1810, como por ejemplo:

- que si hubiera habido relaciones de opresión y tiranía entre la metrópoli y sus posesiones, se hubiera producido una dispersión general cuando los desastres marítimos de 1797 y 1805. Por el contrario, la lealtad de las hijas hacia la madre patria permaneció invariable.
- que hubo independentistas, pero que “la gran mayoría sintióse profundamente solidaria con sus compatriotas peninsulares y (cuando arreció el peligro francés) la especie de emancipación que entonces idearon los más juiciosos fue dentro de la órbita imperial, bajo la autoridad eminente del soberano legítimo, con una latitud en la dirección de las relaciones exteriores que los pusiera a cubierto de la costumbre ya tradicional que tenía la corona de reparar sus desastres europeos a expensas de los intereses americanos”.
- que aparecieron en el Plata y en otras regiones hombres de diferente extracción —militares, hacendados, abogados, clérigos, comerciantes— cuya destreza en momentos cruciales, como el de las Invasiones Inglesas— probaban su aptitud para el desempeño del gobierno propio.

Sigue a esta —diría yo— la parte en que Irazusta realiza su aporte. Y que es, posiblemente, la más conocida, aunque no se si la más compartida, bien que, a mí, personalmente, me parece un hallazgo de singular mérito.

Me refiero, en primer lugar, a la comparación del movimiento independentista hispanoamericano con el de los actuales Estados Unidos, asunto que comenzó hace cuatro décadas en su *Ensayo sobre el Año XX* y en el que va probando:

- que en los rioplatenses había más capacidad, que contaban con un territorio cinco veces mayor que el de los colonos británicos, con un presupuesto doble, con milicias criollas;

- que en cambio, los anglo sajones tenían escasos recursos financieros, carecían de Estado central y tenían poco espíritu militar;
- pero que éstos contaron, en el momento oportuno, con el estímulo, la simpatía y el apoyo decisivo de las potencias marítimas en su guerra, mientras que nosotros quedamos solos;
- que el mundo del momento en que nos emancipamos no estaba, al contrario del que les cayó en gracia a los norteamericanos, para tender la mano porque se encontraba inmerso en su propio problema de libertad. Y, así, nadie nos asistió.
- que Inglaterra —que había sacado lecciones de la revolución de los Estados Unidos— jamás ayudó a alcanzar la independencia con facilidad y siempre esperó a aprovechar (como lo hizo) de la estrechez económica de los nuevos Estados;
- y, en cambio, España (que olvidó hasta lo que sabía como prueba de su decadencia) se empeñó en una lucha larga, devastadora, que solo trajo pobreza y anarquía a todos.

En Norteamérica, además, sus militares —caso Washington— fueron políticos que duraron muchos años al frente del Estado. Y, entre nosotros, no ocurrió así. La revolución no reveló ningún caudillo excepcional de esos que aparecen de tarde en tarde como padres de grandes patrias.

Pero aparte de esto —que, como se ve, no es poco— lo que en segundo lugar ha *descubierto* don Julio, es que nuestro movimiento revolucionario se vió perturbado por haberse producido después de las dos grandes revoluciones, la norteamericana y la francesa, las cuales dieron a los ideólogos un prestigio incomparable, como los conductores ideales de una sociedad.

Y entonces, a la adversidad de las circunstancias externas, vino a sumarse este factor que determinó que privaran, por sobre los prudentes, los soñadores e ilusos o los simples imitadores de lo extranjero, que no resultaron útiles para la fundación de un Estado Nacional.

Los aportes de Irazusta sobre estos temas abarcan obras y escritos de más de 45 años de trabajos específicos (dejando de lado, ex profeso, el resto de su ingente labor cultural). Desde el *Tomás de Anchorena*, los estudios sobre San Martín o los relativos a los caudillos y la organización, pasando por ese libro extraordinario que se llamó *Balance de Siglo y Medio* o el dedicado a la *Influencia económica británica en el Río de la Plata*, hasta llegar a sus conferencias de 1977 o los escritos en Revistas, caso de la *Opinión Cultural* de 1978, o al que titulara *De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina*, hay toda una gama creciente de nuevas interpretaciones.

La última para mí —y muy ejemplificadora de todo lo anterior—

es la que se refiere a Moreno, a quien don Julio analiza en el pensamiento económico librecambista de su famoso escrito, ubicándolo como un "teórico embanderado en una escuela nueva y que no ha elaborado por sí mismo el pensamiento que expone, sino que enseña una tesis ajena." "Sus errores económicos, con ser el origen de un sistema nacional cuya unilateralidad era la menos indicada para un Estado naciente, no fueron lo peor de su enseñanza. Lo más grave está en la decidida anglofilia de la *Representación* que abriría ancha brecha a la influencia británica entre nosotros". Y en cuanto a su capacidad política, escribe que el argumento definidor en su contra es el de haber puesto su orgullo excesivo en la rivalidad con Saavedra, "en un momento tan grave como era para el poder naciente cortar los lazos con una madre patria sin ayuda de nadie". Ahí es donde se ve la suprema prudencia de los fundadores, que Moreno no tuvo.

Y todo a diferencia de la empresa del Norte, afirma Irazusta. Porque aquí, entre nosotros, el talentoso joven ideólogo triunfaría sobre el prudente Saavedra, con lo que la faz teórica prevalecería sobre el principio del interés nacional. En cambio, en los comienzos de los Estados Unidos, hubo un episodio parangonable con la disputa de los dos conductores de la Junta de Mayo. Hacia el final de la guerra emancipadora Hamilton, que no quería ser menos que sus compañeros de causa que se llenaban de gloria, le pidió a su jefe que le confiara el mando de un ejército. Washington se lo negó. Y no por eso el gran escritor y político dejó de seguir subordinado a su jefe y de redactar para él algunos de los más importantes documentos de la política norteamericana.

Con estos elementos, llegamos a la parte final. Irazusta, que ha expuesto que la revolución se hizo cuando se estimó que la ocupación total de la Península por los franceses renovaba el peligro de caer bajo la dominación extranjera y que el cambio revolucionario incruento probaba que asistía a los dirigentes el derecho de reasumir la soberanía y de participar en el gobierno central, cree que, habiéndose hecho todo eso a nombre del rey, lo que se buscaba era la fundación de una sociedad de naciones hispánicas independientes unidas por un lazo imperial en la persona del monarca legítimo, a la manera de lo que Gran Bretaña haría más adelante con sus colonias, elevándolas a la categoría de dominios para formar la comunidad de naciones británicas bajo la soberanía de la corona.

Ahora bien; en América hispana, por la desdichada combinación de circunstancias apuntadas, "los Estados promotores de la revolución —escribe Irazusta— quedaron controlados por los segundones del movimiento. En libertad para disputar a los libertadores la legítima primacía que les correspondía por sus glorias, aquellos carecían de la entereza y la serenidad necesarias para afrontar las terribles dificulta-

des que el mundo hostil no cesaba de presentar". Eran inteligentes, brillantes y dialécticos, pero librados a sus propias fuerzas, pretendieron alcanzar ayuda exterior. Y su principismo, su ideologismo, en economía significó, de hecho, que los comerciantes ingleses se adueñaran del mercado rioplatense y que Gran Bretaña, en jugada maestra, echase las bases de su neocolonialismo del siglo XIX en nuestro territorio.

Y, en consecuencia, "mientras Norteamérica fue gobernada en el período inicial, y decisivo, por los mismos hombres de genio o de gran capacidad (Washington, Hamilton, Madison, Jefferson, Jay, Adams, etc.), que habían llevado a cabo la emancipación, entre nosotros, el 25 de mayo de 1810 empezó una ronda que no permitió estabilizar la revolución hasta 1835, sucediéndose quince poderes ejecutivos distintos en 25 años, con un promedio de año y medio para cada uno".

Con todo, como las empresas nacionales no se cumplen a corto plazo, Irazusta reconoce que hubo un gran mérito en la Independencia proclamada, en medio de un mundo adverso, en 1816.

Y como era hombre de fe en su raza y que, por sobre todas las cosas (como me decía no hace mucho) creía en la intervención prudente y acertada del individuo político contra el determinismo de las circunstancias más contrarias, ha podido escribir que si la independencia declarada en el peor momento de la vida del Estado se mantuvo, no hay dificultades presentes o futuras que el pueblo capaz de ésa, su primera empresa como nación independiente, no pueda vencer, siempre que se lo proponga con el heroísmo de 1816. Las naciones se conservan por el modo cómo se hacen, sentencia don Julio. Y, en seguida: Pero "la independencia es una creación continua. En el terreno de la política mundial jamás se puede decir: ya somos definitivamente libres; descansemos sobre los laureles conquistados".

No; el argentino debe "estudiar la obra, los métodos, las ideas, la acción de aquellos antepasados nuestros de la época privilegiada", recomienda Irazusta.

Esa es la lección que ha sacado de este período y que —como todos sabemos— fue el primero en poner en práctica, con estudio, con dignidad e independencia de criterio.

Edberto Oscar Acevedo

